

el qual haziendo que el carro se detuvièsse, con voz no menos grave, que el otro, dixo: Yo soy el sabio Alquife, el grande amigo de Urganda la desconocida; y passò adelante. Luego por el mismo continènte llegò otro carro; pero el que venia sentado en el trono no era vièjo como los demas, fino hombron robùsto, y de mala catadura; el qual al llegar, levantàndose en pie como los otros, dixo; con voz mas ronca, y mas endiablada: Yo soy Arcalaus el encantador, enemigo mortal de Amadis de Gaula, y de toda su parentela; y passò adelante. Poco desviados de alli hizieron alto estos tres carros, y cesò el enfadoso ruýdo de sus ruèdas; y luego se oyò otro, no ruýdo, fino un son, de una suave, y concertada musica formado, con que Sancho se alegrò, y lo tuvo à buena señal; y assi dixo à la Duquesa (de quien un punto, ni un passo se apartava:) Señora, donde ay musica, no puede avèr cosa mala. Tampoco donde ay luzes, y claridad, respondiò la Duquesa. A lo que replicò Sancho: Luz dà el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podria sèr, que nos abrasàssen; pero la musica siempre es indicio de regozijos, y de fiestas. Ello dirà, dixo Don Quixote, que todo lo escuchava; y dixo bien, como se muèstra en el Capitulo siguiènte.